«Una introducción apasionante de la cultura de la "no-élite" que conformaba la base del Imperio romano.» –MARY BEARD

SESENTA MILLONES DE ROMANOS

La cultura del pueblo en la Antigua Roma

JERRY TONER

CRÍTICA

Jerry Toner

Sesenta millones de romanos

La cultura del pueblo en la antigua Roma

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2012
Primera edición en esta nueva presentación: octubre de 2023

Sesenta millones de romanos. La cultura del pueblo en la antigua Roma
Jerry Toner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Popular culture in Ancient Rome*

© Jerry Toner, 2009

© de la traducción, Luis Noriega, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-585-2
Depósito legal: B. 13.225-2023
2023. Impreso y encuadernado en España

1

Resolución de problemas

Problemas y riesgo

Este capítulo se ocupa de las actitudes, tácticas y creencias que ayudaban a la abrumadora mayoría de la no élite a ganarse un sustento relativamente razonable, salvo en los períodos de crisis más rigurosos. He caracterizado este enfoque como «resolución de problemas» porque me parece que para la mayoría de las personas la vida asumía la forma de una serie de dificultades, de naturaleza y dimensiones diversas, que había que superar. Muchos de estos problemas no eran nuevos y habían encontrado solución en las actitudes culturales que la gente aprendía sentada en las piernas de su madre o su padre. Por tanto, la no élite estaba ya preparada para resolver gran parte de las dificultades que iba a encontrar en su camino.

Los problemas difíciles suelen tener ciertas características en común. En primer lugar, carecen de claridad en el sentido de que con frecuencia no resulta claro en qué consiste exactamente el problema, qué lo ha causado o cuál será el resultado si no hacemos nada al respecto. Los problemas difíciles también suelen obligar a la gente a enfrentarse a múltiples metas posibles y decidir entre ellas seleccionando la opción menos mala. Sobre todo, los problemas difíciles son complejos: incluyen diversos factores interrelacionados y a menudo también la presión de algún tipo de límite temporal. Los manuales de gestión modernos nos dicen que para resolver problemas arduos de esta clase es necesario que nos ocupemos de un solo factor a

la vez. El problema para el romano medio era que solo tenía un conocimiento muy limitado en el cual fundar sus decisiones. El análisis moderno era un lujo que no poseía. Mi argumento es que, en un entorno tan incierto,[1] la forma popular de abordar los problemas se caracterizaba, en general, por una o más de las siguientes directrices: atenerse a soluciones sencillas y claramente definidas; centrarse en la meta principal; confiarse a las técnicas avaladas; ceñirse al propio ámbito de especialidad; remitirse a precedentes conservadores; confiar primero en el ingenio individual y recurrir al mutualismo solo de forma ocasional; y, por último, intentar endilgarle el problema a quienes tenían más recursos para lidiar con la situación.

Con frecuencia, qué constituye exactamente un problema es el resultado de una construcción social. No es simplemente un acto de equilibrio racional entre un conjunto fijo de dilemas. Ciertas prioridades son probablemente bastante universales: la comida, los planes matrimoniales, las amenazas a la seguridad; pero hay otras a las que la gente suele atribuir grados de importancia muy diversos. Como sucede a menudo con la sociedad romana, la preocupación por el estatus tenía una gran importancia. Una porción significativa de los oráculos y los hechizos del mundo romano estaban relacionados con anular amenazas reales o imaginarias al propio estatus, tener oportunidades de conseguir un estatus superior y vengar acciones de rivales sociales que hubieran tenido como consecuencia una pérdida de prestigio.

La principal variable que cualquier miembro de la no élite debía tener en cuenta a la hora de enfrentarse a un problema era el riesgo. El riesgo significaba afrontar un futuro incierto, y en un mundo en el que la persona media se consideraba «vulnerable al empobrecimiento»,[2] e incluso los sectores medios «vivían bajo la amenaza permanente de quedar empobrecidos»,[3] los niveles de incertidumbre eran altos. En términos sencillos: el ciudadano de a pie nunca estaba lejos de quedar, literalmente, en la calle. Gallant ha mostrado que, en «un entorno natural caprichoso, armados con una tecnología rudimentaria, los campesinos griegos desarrollaron una red, amplia pero delicada, de estrategias de gestión de riesgos» que les ayudara a hacerle

frente.[4] Recientemente, Eidinow nos ha proporcionado un extraordinario estudio sobre cómo los antiguos griegos usaban los oráculos y las maldiciones para controlar el riesgo, en el que encontró que «quienes usaban los oráculos se sentían inseguros y querían tener la certeza de que estaban haciendo la elección correcta; quienes recurrían a las maldiciones por lo general se encontraban ya en una situación de peligro y querían limitar el daño que sus enemigos podían infligirles».[5] Además de esto, creo que puede resultar útil pensar en el riesgo como volatilidad, como se hace en la teoría moderna sobre gestión de carteras de valores.[6] El problema con el término «riesgo» es que tiende a resaltar el lado negativo. «Volatilidad» es un término más neutral que refleja el hecho de que el riesgo puede producir de igual forma buenos y malos resultados. Por tanto, el riesgo en sí no es el problema. Es la vulnerabilidad a los sucesos negativos de quien ha de correr el riesgo lo que determina su voluntad de arriesgarse.

La percepción del riesgo cambiaba de acuerdo con el estatus social. Los ricos estaban en condiciones de tolerar un grado elevado de volatilidad de los rendimientos y, por tanto, invertían felices en empresas especulativas como el transporte marítimo. Quienes estaban cerca del nivel de subsistencia eran mucho más vulnerables a la volatilidad y en consecuencia se centraban en controlar los riesgos negativos, incluso a costa de renunciar a ciertas posibilidades de beneficio. En términos muy amplios, la tolerancia al riesgo estaba inversamente relacionada con el estatus social. Compárese la especulación imprudente y extravagante del nuevo rico Trimalción en el *Satiricón*, donde su fortuna oscila en términos de decenas de millones al día, con el conservadurismo natural del rústico en la *Vida de Esopo*, que dice a su asno cargado con leña: «¡Arre! Para que lleguemos deprisa y se pueda vender la leña a doce ases, tú te llevarás entonces dos en hierba y yo otros dos para mí, los ocho restantes los guardaremos para cuando hagan falta, no sea que venga una enfermedad o una súbita tempestad nos deje sin recursos».[7] Trimalción es objeto de burla porque su comportamiento es una caricatura de los libertos ricos que remedan hasta un extremo absurdo las actitudes respecto al riesgo de la élite. En cambio, el campesino que vivía con una renta apenas por encima

del nivel de subsistencia tenía que emplear técnicas básicas de gestión de riesgos (garantizar una venta, ahorrar para tiempos difíciles) para no morir de hambre. Establece un orden de prioridades y adopta una estrategia clara y comprobada, que utiliza su propio ámbito de especialidad, en este caso, la venta de leña. Tácito señala algo interesante: tanto quienes son absolutamente pobres como quienes son enormemente ricos pueden ser temerarios de forma descarada.[8] Y de hecho, la temeridad era algo que se asociaba a los necesitados.[9] Es posible que cuando un individuo finalmente se veía reducido a la indigencia su sed de riesgo volviera a incrementarse; ya fuera porque no tenía ya nada que perder o porque para cambiar de forma significativa su vida tenía que tomar riesgos importantes.

Un hecho adicional que afectaba a la forma en que el pueblo se relacionaba con el riesgo es que en el mundo romano las cosechas variaban de un modo considerable de un año a otro. La volatilidad agrícola puede ser excepcionalmente elevada en la región mediterránea, y en Túnez, por ejemplo, la cosecha de trigo tiene una variación interanual media de más del 60 por 100.[10] Egipto, en cambio, tiene la menor variación interanual media, 12 por 100, lo que contribuye a explicar la confianza que los emperadores depositaban en él para la generación de rentas fiscales y superávits de grano. Por tanto, la distribución de los rendimientos de las cosechas no tenía la forma de campana de la curva de distribución normal que la estadística nos enseña a esperar de un conjunto de resultados particular. En la práctica, la curva de las cosechas romanas habría presentado lo que los estadísticos llaman «curtosis» (colas gordas). Mientras que una curva normal nos dice que debemos esperar que dos terceras partes de los resultados estén dentro de la desviación estándar de la norma, y apenas haya un suceso extremo ocasional, la realidad era que los sucesos extremos, cuatro o cinco desviaciones de la norma estándar, ocurrían con mucha más frecuencia de lo que estadísticamente sería de esperar. Tras una cosecha extraordinaria podían venir muy fácilmente años de escasez. A menos que se tuviera reservas, el impacto de tales trastornos podía ser devastador. El efecto de estos dos factores adicionales era que el control del riesgo resultaba todavía más importan-

te. La meta primordial de los pobres vulnerables, aquellos más cerca del umbral de subsistencia, era garantizar la estabilidad de los ingresos en, o por encima de, el nivel de subsistencia e intentar ahorrar un poco para la época de vacas flacas. Aquellos que tenían a su disposición más recursos podían permitirse asumir una actitud más liberal hacia el riesgo. Para todos, la vida implicaba realizar cálculos de forma constante, sopesar el riesgo y los posibles resultados a partir de lo que había ocurrido en el pasado.

Además de emplear técnicas de control del riesgo, la no élite buscaba diseminar el riesgo mediante la diversificación con el fin de limitar las consecuencias de potenciales inconvenientes. Los campesinos cultivaban diversos productos, no fuera a ser que la plaga acabara con alguno. Cuando era posible, se enviaba a los miembros más jóvenes de la familia a trabajar como aprendices para que aportaran una valiosa renta adicional de una fuente menos dependiente de los rendimientos agrícolas. Esta actitud permeaba todo cuanto hacían, así que cuando se enfrentaban a una enfermedad les parecía natural utilizar diferentes recursos para hallar una cura, ya fueran los ensalmos mágicos, los remedios populares o la medicina griega. También era necesario granjearse benefactores, de modo que en tiempos de escasez fuera posible contar con su ayuda. Establecer redes de amigos, parientes y vecinos era una forma esencial de tener un seguro para los malos tiempos. El mantra «disemina el riesgo, diversifica las fuentes de ingresos» formaba parte de la vida de la no élite.

En muchos sentidos la actitud popular hacia la volatilidad derivaba de su idea del «bien limitado».[11] La no élite veía todo como un juego de suma cero. Le iba bien en la medida en que a otro le iba mal. Además, la idea del «bien limitado» implica que la buena suerte de otro es una amenaza directa para la propia. De hecho, una desgracia podía considerarse consecuencia directa de la ganancia obtenida por otro. Adoptar esta posición era sensato en una sociedad en la que el crecimiento económico era prácticamente cero. Si el pastel siempre tenía el mismo tamaño, quien se llevaba un buen trozo lo hacía a expensas de otra persona. Esta es la razón por la que echar maldiciones a los rivales sociales no era sencillamente un resultado de la «envidia,

alimentada por el chisme»,[12] sino un intento desesperado de la gente para impedir, invocando un ataque sobrenatural, que alguien le quitara lo poco que tenía y la dejara varada en el lado equivocado del umbral de subsistencia.

De igual forma, la creencia en el poder de la suerte, una creencia que la no élite parece haber compartido de manera casi uniforme, puede interpretarse como una confianza en el poder del equilibrio, en que a largo plazo la suerte sería igual para todos. Esto no es más que otra reformulación de la hipótesis del bien limitado. Si una persona estaba teniendo más suerte de la que le correspondía, ello significaba, por definición, que debía estar haciendo trampa o utilizando poderes mágicos para manipular las cosas. La única respuesta racional a una situación semejante era lanzar un contraataque para intentar volver a una posición de equilibrio, a través de medios como las maldiciones. Esta era la mentalidad engendrada por una sociedad que fomentaba el miedo, la envidia y la rivalidad intensa entre sus miembros. La gente no solo luchaba por obtener un sustento básico, sino también por lo que podría denominarse su «estatus de subsistencia». La no élite estaba preparada para actuar de forma enérgica con el fin de conservar sus limitados intereses y prestigio en el mundo si percibía que alguien le atacaba.

Ahora bien, ¿funcionaba esto? Es decir, este enfoque para la resolución de los problemas, ¿hacía a quienes formaban parte del pueblo seres humanos felices y realizados? Eso es demasiado difícil de decir, pero lo que la economía de la felicidad puede decirnos es que ese enfoque era conveniente para maximizar sus niveles de satisfacción en general en vista de los pocos recursos que tenían a su alcance. La paradoja de Easterlin señala que en los niveles de renta bajos la felicidad aumenta de forma rápida solo con que se produzcan pequeños incrementos en la renta, pero no más allá. Las aspiraciones de las personas aumentan con sus ingresos y, después de que han satisfecho sus necesidades básicas, la mayoría solo se siente satisfecha si se encuentra en una mejor situación en relación a otros. Los ricos, al parecer, son como perros dedicados a perseguir la cola de su propia felicidad y únicamente están contentos cuando son más ricos que su

vecino.[13] Roma era un mundo en el que incluso pequeños cambios en la renta o la suerte podían tener un impacto considerable en la calidad de vida del individuo medio. Asimismo, es posible que esos cambios tuvieran efectos concomitantes significativos sobre su posición relativa dentro de la comunidad, lo que probablemente habría tenido un impacto adicional sobre su calidad de vida. Por tanto, como es natural, el romano medio se concentraba en hacer todo lo que estuviera a su alcance para garantizar la obtención de esos pequeños incrementos de renta que aumentarían su estatus, y evitar al mismo tiempo esos golpes desgarradores con que podía perderlo. Como dijo Agustín, cuando la cosecha es abundante los trabajadores «cantan llenos de alegría» en los campos.[14] O, como es tradicional decir en Islandia cuando se gana el bote, «¡Ballena varada!».

Gestión familiar

La cultura del pueblo tenía una actitud diferente hacia el tiempo. Las altas tasas de mortalidad afectaban las actitudes de la gente, pues la esperanza de vida media al nacer probablemente era de apenas veinticinco años. La élite se enorgullecía de estar en condiciones de planear a largo plazo, y la familia era el centro de esta inversión social. La élite caricaturizaba a los pobres como gente obsesionada con cuestiones cotidianas como el pan y el circo. Con todo, lo cierto es que algunos pobres quizás abrigaban también ambiciones dinásticas de largo plazo, como puede apreciarse en algunas tumbas de libertos que señalaban su éxito para la posteridad. Sin embargo, para la mayoría de las clases bajas, pensar a largo plazo era un lujo que difícilmente podía permitirse. Problemas más acuciantes y directos los embargaban: encontrar dinero para el alquiler, que en ocasiones había que pagar cada día; comprar el pan diario; conseguir trabajo. En tiempos difíciles esto podía requerir medidas drásticas: dar menos comida a las mujeres o los niños débiles para mantener fuerte al varón encargado de ganar el sustento; descender en la cadena alimenticia para comer las bellotas que por lo general se usaban para alimen-

tar a los cerdos, así como otros cultivos que normalmente no se consideraban apropiados para el consumo humano;[15] y en algunas circunstancias vender uno o más hijos como esclavos o, peor aún, a una banda de mendigos que los mutilarían torciendo sus miembros y cortando sus lenguas con el fin de aumentar su capacidad para mendigar.[16]

Estas acciones proporcionaban soluciones inmediatas a los problemas actuales y sería equivocado interpretarlas como alternativas a corto plazo. La mayoría de las personas llevaba una existencia en extremo precaria y se limitaba a vivir al día. No tenía otra alternativa que concentrarse en mantener la cabeza por encima del agua, incluso cuando ello implicara que, por ejemplo, el artesano vendiera las herramientas del oficio del que derivaba su sustento. Luciano tiene un cuento de ficción sobre la viuda de un herrero que tras la muerte de su marido cae en la pobreza, primero vende las herramientas del difunto y luego lana hilada para criar a su hija, a la que planea prostituir llegado el momento para que las mantenga a ambas.[17] Desde semejante perspectiva, el tiempo resulta un concepto en extremo relativo. Los planes a largo plazo quedaban relegados a un plano secundario. Solo el hecho de aguantar, de resistir unos cuantos días más hasta que llegaran los barcos que transportaban el trigo, o hasta que empezaran a contratar trabajadores para una nueva obra pública, podía parecer una eternidad. La alternativa, a fin de cuentas, era la muerte y esa solo era una solución en el sentido más negativo posible.

La resolución de problemas dentro del contexto del grupo familiar era de primordial importancia. La gestión familiar era vital si la unidad doméstica quería maximizar su resistencia a las sacudidas y reducir la volatilidad de su renta y gasto. De otro modo, la vida sería como la del hombre nacido cuando Marte o Saturno están orientados a Júpiter en la segunda casa: «su vida estará en constante cambio, en un momento la riqueza será abundante, en otro la pobreza le oprimirá».[18] La familia, el parentesco y los roles sociales definían la identidad social, y la unidad familiar constituía el primer amortiguador del riesgo. Como dice la fábula de Esopo, la familia es como un manojo de varas, así que manteneos juntos.[19] El riesgo era más alto

cuando la mayoría de los ingresos de un grupo familiar provenían de la misma fuente. Por esta razón las mujeres eran excepcionalmente vulnerables a la muerte del marido, que en la mayor parte de los casos era la principal fuente del sustento familiar. Muchas viudas se precipitaban a una pobreza espantosa.[20] En situaciones críticas como esa, la solución del problema era clara: reducir costos donde más fácil podía hacerse, a saber, reduciendo el número de bocas que alimentar. «Mi marido murió y me dejó penando y sufriendo por la hija que tuvimos […] y ahora ya no tengo medios para alimentarla […] os he pedido que la recibáis como si fuera vuestra hija.»[21] Si los niños quedaban huérfanos o estaban desvinculados de cualquier unidad familiar, era vital que trataran de ligarse a otra tan pronto como fuera posible, principalmente recurriendo a sus parientes. La madre de Tara, una chica egipcia, murió mientras estaban en Siria. Tara escribió a su tía en Egipto en los siguientes términos: «Sabed, querida tía, que mi madre, vuestra hermana, está muerta desde la Pascua. Mientras mi madre estuvo conmigo, ella era toda mi familia; desde su muerte, he permanecido aquí sola en una tierra extraña sin nadie que me ayude».[22]

Si la unidad familiar estaba intacta, tener una renta cada vez más alta, preferiblemente si procedía de fuentes diferentes, aumentaba su seguridad. Los miembros más jóvenes de las familias de la no élite, insisto, desempeñaban una importante función. El orador y escritor Luciano, que provenía de una familia modesta, cuenta que a los trece años de edad le enviaron a trabajar como aprendiz de un escultor: «al cabo de no mucho le alegraría la cara a mi padre aportando lo que fuera ganando».[23] Los trece años probablemente eran una edad tardía para empezar a tener un trabajo productivo, lo que acaso refleja que la familia de Luciano procedía de un entorno más acomodado. La edad más común a la que los hijos de la no élite empezaban a trabajar era entre los cinco y los diez años.[24] Una inscripción en una lápida dice: «Vicenta, una niña muy bonita, orfebre. Vivió por nueve años».[25] Para la mayoría de los padres, los hijos eran generadores de ingresos, pólizas de seguro y proveedores de pensiones, todo en uno. Como dice Agustín, el hombre con muchos hijos y nietos piensa que está «protegido contra los peligros de la muerte».[26]